

En Materia de Ideología...

Por ÓSCAR URIBE VILLEGAS
del Instituto de Investigaciones Sociales de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

La ideología suele considerarse como una visión deformada de la realidad social. Deformada, sobre todo, por los intereses de quien la observa, y sea que éste se percate de ello o no, o —más aún— sea que a conciencia utilice o no tal deformación, para sus propios fines. La concepción así esbozada puede parecer un tanto burda, carente del terminado preciosista de los conceptuadores y definidores profesionales; pero es, al fin y al cabo, la concepción realmente actuante de “ideología” en medios muy amplios y en niveles medios —tan alejados de la supina ignorancia como del esoterismo pedante. La sociología, en la contrapartida, resultaría ser una visión no deformada de la realidad social. Lo más contrario a la sociología (lo diametralmente opuesto) resultaría ser la ideología; resultarían serlo las ideologías —múltiples mientras la sociología es una. De ahí el repudio indignado que de ellas hacen los puristas de la disciplina, deseosos de preservar sus vestes inmaculadas.

En el simplificado contraste conceptual entre sociología e ideología, la elección resulta obvia: ¡Tomemos la sociología y rechacemos la ideología, tal debe ser nuestro seguro camino de salvación! Pero, en la práctica, realizar ese admirable propósito es algo que no alcanza la graciosa facilidad de la decisión tomada frente a los conceptos opuestos. Porque, tanto o más que en los dominios moral y religioso, suele darse en éste el caso de quien creyéndose secuaz del Diablo, acaba por descubrir a Dios, en tanto otros —menos afortunados, en la culpa de su oculta soberbia— descubren que tras la Deidad que adoraban, aparece la monstruosa faz del Demonio. Porque ¿qué nos garantiza la divinidad de lo uno o la adecuación a la realidad de lo otro? ¿Nuestro convencimiento de que lo uno es divino y lo otro copia —sin deformarla— la realidad? Pero, si esto es así ¿tal convencimiento, no depende de nuestros intereses, de nuestra conveniencia?

¿Existe, en alguna parte, una visión fiel de la realidad social, que lleve sobre sí el rótulo de “Sociología” como existiría otra que portaría ostensiblemente la etiqueta “Dios” y que estaría esperando a que en un infantil juego de “escondidillas” viniera a descubrirlas con general algazara la chiquillada sociológica o la chiquillería religiosa? ¿No el paralelismo, en sí, parece develar cuál es uno de los muchos avatares que suele sufrir, en el hombre lo que ha dado en llamarse “hambre de Absoluto”? Porque habría, según esto, quienes buscarían una Sociología, verdad social absoluta, eterna, en la misma forma en que buscan otros —o ellos mismos que no se lo confiesan— un Dios, un ente absoluto, eterno, situado por encima de todos los existentes. Porque habría, según esto, quienes más ansiosos de encontrar a Dios —su Dios la Sociología— de inmediato, estarían dispuestos, prestos, a rechazar el encuentro inmediato, menos espectacular, con lo divino —con lo que de Sociología hay, quiérase o no, en toda ideología.

El discurrir de pluma y pensamiento no nos debe llevar a crítica total e inmisericorde de esa ambiciosa búsqueda de Absoluto; de ese desesperado tratar de hallar algo que nos libre de lo angustioso del ser contingente o de la limitación y relativización impuestas por las contemplaciones ideológicas. Pero sí debe descubrirnos —en cambio— hasta qué punto la búsqueda de la Santidad —más o menos innaccesible, con mayúscula— puede estar reñida con el encuentro de la santidad —siempre a mano con minúscula—; con las pequeñas obras santas de todos los días, que sí son accesibles; que sí son realizables y que —¡quién sabe! ¡creámoslo!— pueden llevar a ese camino real de la santidad sociológica “a toda orquesta”.

La controversia entre sociología e ideología podría creerse superada hace ya mucho tiempo. Y, no menos que por otras cosas, por las aportaciones distintivas weberianas sobre juicios de realidad y juicios de valor. Como que la ideología resultaría visión deformada y no fiel de la realidad social por un inmiscuir a los valores en algo que no les incumbiría. Como que la sociología vendría a ser una disciplina asépticamente pura, en materia valorativa— lo cual, tomado en sus términos precisos de lógica paradójal, acabaría por darnos una sociología que, aséptica a lo valorativo, flotaría sobre las aguas negras —sépticas— de lo disvalorativo. Con lo cual, Dios se nos habría transformado —precisamente—, en el Demonio.

Al pobrecito Weber, a quien tanto inquietaba en su tumba el que le achacaran tal cúmulo de infamias, han venido a rescatarlo uno o dos compasivos samaritanos, que han hecho más cómodo su eterno yacer en medio de más o menos prosopopéyicos homenajes académicos. Ellos han sido quienes cien años después —las obras pías son siempre de morosa marcha— nos han mostrado qué lejos de él estuvieron tamañas monstruosidades. Como que, al fin y al cabo —se podría decir— lo que daña no es el sereno

discurrir de auténticos valores humanos (incluso los que no son el valor Verdad, como ocurre con el valor Belleza o con el valor Justicia), sino los comadreo y regateos persistentes de pseudo-valores humanos, sostenidos por grupillos interesados de chismorreantes vecinas y compradores de mercado popular. Los griegos sabían de ello sin saberlo: hacían ciencia, al tiempo que hacían arte, y filosofía, y todo lo demás, y los Diálogos tienen tanto valor teatral como filosófico. Hoy salimos ya de la indiferenciación antigua; pero quizás nos convenga volver si no a la indiferenciación si a la unidad —consciente ahora y no inconsciente— que parece levantarse como desideratum del futuro.

Con lo que parece que estaríamos condenados a movernos en círculo, pues casi es lo mismo de hace un momento, en otros términos. La hélice y el círculo tienen en común estos puntos cuando se les ve transversalmente a uno de sus ejes; pero se les descubre diversos si el ojo es capaz de seguir dicho eje en toda su longitud. Aquí hay algo de esto, pues no es la mismo pensar en una Sociología “conocimiento puro” del que estén excluidos los valores —excluido el valor Verdad, de tal exclusión—, a pensar en una Sociología a la que, como límite, deben tender todas las ideologías y en la que, gracias a ello, no se integrarían sino aquellos valores que —al fin valores— tienen validez universal y no una restringida, limitada, relativa.

Quizás haya saltado, de nuevo, el cadáver de Weber —o lo que a estas alturas quede de él inscrito en las vibraciones energéticas del universo—; pero, no será, ahora, por sentirse acusado falsamente. Tal vez sentirá rabia —si está en el infierno de los sociólogos— o tal vez “muera” de risa —sí como se quiere, sólo los salvados ríen “de veras” e interminablemente. Sea su castigo o su premio, por haber dejado que se abriera tan espinosa y tan apasionante controversia.

Porque, tras todos estos años, muy graves señores siguen preguntándose por las relaciones entre la ideología y la sociología, al tiempo que —viejos sin infancia, desvestidos de gravedad o autoridad— nosotros nos atrevemos a incursionar en materia de ideología, tratando de transmitir nuestra convicción —¡qué más que convicciones podemos tener a estas alturas!— de que la ideología es útil; de que es útil políticamente; de que no sólo es útil políticamente sino también lo es científicamente; de que no sólo es útil científicamente, sino de que es indispensable sociológicamente. Más aún —y esto como climax buscado artificialmente— que, siéndoles indispensable, les es vital, especialmente, a los pueblos subdesarrollados (que en última instancia son todos los del Mundo).

¿Qué el problema no es vigente? Niéguelo quien tema enfrentarlo. ¿Qué no es vigente en medios académicos? Dígalo, tan sólo, quien no haya revisado un importante documento, académico —no carente, por fortuna, de

vertientes políticas así no sean estas agradables a todos—: el Programa Provisional del Sexto Congreso Mundial de Sociología, en el que se les hizo un sitio, así su admisión parezca la de un reo, que no paga entrada, porque ha de juzgársele, para que al refundírsele definitivamente en la cárcel, se le excluya, de por vida, “de la Sociedad civilizada”.

El problema sigue en pie ¿Será con todo, Konstantinov, con toda su autoridad, quien por su ubicación, sea el idóneo —no uno de los idóneos— para tratarlo? Tal parece que la misma elección de un soviético para presentar y evaluar tal problema, le condenara de antemano en una reunión en la que la Sociología podría ser representada, según hábito, por los del otro lado —y no se ofendan ni unos ni otros por las identificaciones que la designación propicie, en lo político o en lo sexual— como “la ciencia burguesa de Occidente” o como lo que más salpimentadamente podría designarse como “la prostituta de las ciencias sociales”. Aun sin esa presumida y aviesa intención —que el a su vez malintencionado imputase a los occidentales de la Sociología—, siempre cabría observar que el tema no pareció congeniar con los sociólogos de Occidente o que, al menos, se pensó que de ideologías *ya no* puede hablar Occidente. Y tal vez se haya pensado también que si el “Tercer Mundo” pudiera, lo único que podría sería balbucir *de* ellas, y no hablar de ellas con coherencia aunque las conozca de cerca y de reciente. Y quizás nosotros, siempre deseosos de agradar, nos estemos esforzando, en esto, por darles la razón.

Pero, si no es seguro que en lo actual sólo el mundo soviético sepa de ideologías y pueda hablar de ellas, y en este mundo penumbroso del subdesarrollo sepamos de ideologías aunque no podamos hablar de ellas, sí es seguro, incontrovertible —¡que bien suenan las palabras densas!— que el Mundo de Occidente quiere pregonar —quizás porque las teme y no porque lo afirmado se adecúe a la realidad— que, al menos para él, llegó ya el fin de las ideologías.

¡Ay, esos buenos muchachos yanquis de la Sociología, tan ingenuos y tan bien intencionados y... —a lo que se nos hace en otras latitudes— tan despistados a pesar de sus brújulas y conocimientos de *boy-scouts* dispuestos a encontrar siempre su camino en el bosque! Porque también hay “muchachos malos de la sociología estadounidense”, que a nosotros nos parecen menos adorables como querubines de lienzo antiguo, pero más admirables como fogoneros, que ennegrecidos, bregan en las calderas tratando de salvar su barco, buscando salvación para su país y promoción para la Humanidad. Que, de otra parte, parecen estar los muchachos no ingenuos, sino atemorizados, que vieron destruir sus ciudades por descargas más terribles que las de las bombas, y que quisieran detener con un gesto mágico el estallido de ideologías de cargas espantosas e incontroladas, en vez de tratar

de someterlas a señorío —ese señorío caro a Occidente, que develó el otro Weber (Alfred)—, descargarlas y utilizar su potencia con fines constructivos.

Rousseas y Farganis la tomaron contra Bell y Lipset hace cosa de dos años al criticar su ingenuo “¡Hosana, las ideologías llegaron a su fin! ¡No hay que buscar ya la buena sociedad, porque el reino de Dios se realizó ya sobre la Tierra! ¡La democracia de Occidente —la democracia, en suma— es la buena sociedad! ¡La democracia es el espejo de todas las virtudes! ¡Hosana en las alturas!” Con lo cual no se estaba muy lejos de afirmar que una visión escueta, apegada a los hechos, ceñida a la carne turgente, voluptuosa, de la democracia occidental que llegaba a plenitud en Estados Unidos de América —como Venus llegaba a plenitud en Milo— podría ser, ni más ni menos, que la única visión sociológica; visión social absoluta, eterna, universalmente válida. Con lo cual se recaería —a menos que los proclamantes tuviesen razón, lo cual nos pondría verdes— en la postura ideológica, en el sentido misional de imposición del propio bien a otros y, finalmente —para los jueces de severo ceño— en la impostura ideológica tajante y rampante. Pobre Adams —el gringuito estudioso de Guatemala— ¿de qué le serviría, entonces, haber precavido a sus compatriotas en contra de dar a los latinoamericanos la impresión de que quería imponérseles una “utopía gringa”? ¿No estaba, según esto, profundamente equivocado? ¿No se justificarían, así los “marines” (que suaves nos resultan nuestros “marinos” de agua dulce) tanto como se justificaron las inquisiciones, para imponer el “bien a fuerza” (y ¿por qué la buena crianza nos vedará la expresión vernácula tan sana y tan directa?) ¿No se justificarían por igual hoy los marines y ayer las inquisiciones, con un sentido misional que hoy es político como antes fue religioso, o que hoy se dice de sana política como antes se dijo de sana religiosidad, muy de acuerdo con el signo de los tiempos (ya no es Enrique quien se humilla en Canosa, sino Paulo quien prestigia *adicionalmente* a la Organización de las Naciones Unidas con su visita).

Porque, si la democracia es la sociedad buena *ya* operante ¿no será nuestra obligación copiarla? Porque, si expresarla es dar vida a la Sociología misma ¿no deberá ser nuestra “sociología” mero esfuerzo simiesco de los estadounidenses, y crítico de nuestras realidades sociales en el grado y medida en que se apartan del gran paradigma? Y si nuestros intereses se atrevieran a mostrarnos que tratar de alcanzar esos paradigmas nos daña ¿no convendría que fuésemos contra nuestros intereses? ¿No sería imperativo que arrojáramos lo que, como simple expresión suya, sería ideológico y marcharía contra lo sociológico en su prístina pureza?

Es fácil convertir en paradigma ésta o aquella sociedad. Lipset puede

decir que la sociedad buena es la democracia estadounidense. Konstantinov podría demostrar, si quisiera —que no querrá, esperamos, al menos en un congreso sociológico internacional— que la sociedad buena lo es el régimen soviético. Los amigos de la “ruta intermedia” apuntarían hacia las soluciones escandinavas; otros se remontarían al pasado y otros más, impenitentes, diseñarían comunidades utópicas perfectas... e irrealizables. Lo que no es fácil demostrar es que esas sociedades sean paradigmáticas, no fuera, sino dentro del contexto total humano; que lo son para la Humanidad toda, y de todos los tiempos; que velan por los restos sagrados de los antepasados, por las vidas de los contemporáneos, por las expectativas de los pósteros.

Porque no son sólo sociólogos como Lipset y Bell quienes consideran a la democracia estadounidense modelo de virtudes políticas y a la sociología estadounidense —tácitamente o por implicación— modelo de sociológicas virtudes. El hombre común de Estados Unidos de América y de fuera de Estados Unidos de América ha acabado por caer en su propia trampa y así lo piensa: el hombre, el pueblo de Estados Unidos de América es el más feliz (a pesar de ese deprimente sembrado de cruces y de tumbas cavadas por las guerras que es el cementerio donde, también, arde “la eterna antorcha de Arlington”), y es el más rico (a pesar de las habitaciones sucias y miserables del Deep South) y es el más justo (a pesar de las discriminaciones que impone la diferencia de pigmentación)... Pero, dejando incluso el tono airado de los indignados morales, hay algo que oponer a esa imagen —si se sale de ella para verla en perspectiva, o sea, si no se la acepta como lo sociológica que pretende ser y se la sujeta como toda otra presentación, a crítica ideológica— y ese algo es la noción del *precio* que se habría pagado para llegar a esa supuesta cumbre. El precio —nos dice nuevamente la propaganda— fue el esfuerzo de los “pioneers”, de la vanguardia colonizadora —y es cierto— y el precio fue la imaginación y la audacia, y el genio inventivo —y es cierto, y quizás por muy cierto que es, y por lo mucho que la Humanidad debe a Estados Unidos de América, *Mankind has not yet given up on U.S.A.* —y pedimos perdón por nuestro mal inglés. Pero, el precio es también otro, y Estados Unidos de América lo conoce. Y, si cada país está dispuesto a pagar ese precio por ser como Estados Unidos de América, el resultado no puede ser sino el que contemplamos: el mundo en la séptima década, dividido, convulso, luchando por librarse de lo que en otras condiciones podría convertirse en una enorme y dañina proliferación cancerosa. El gran problema de Estados Unidos de América está no en que no se le reconozca como paradigma, sino en que muchos lo toman como tal y quieren llegar a ser como él, *por los mismos medios*, en un mundo que, por su constitución material, no lo permite ¿No es el caso de una ideolo-

gía transvestida de sociología que, en el fondo, se vuelve contra sí misma? Con lo cual, nuestros querubines nos resultan menos adorables.

No es por el rumbo de la política por el que Dios nos ha llamado —y quizás no lo haya hecho aún por ninguno—, por lo que dejaremos las cosas de ese tamaño. Sin embargo, la ideología no es algo que de por sí se comprima, o que incluso se deje comprimir a pequeñas dimensiones. Y aún “de pasada” —porque en alguna parte debe haber un interés más profundo que nos llame— hay dos o tres cosas que anotar antes de que la especie nos escape o nosotros escapamos de ella.

“En tanto el tinte ideológico sobre los enjuiciamientos sociales —es Niebuhr quien habla— es más aparente en los conflictos prácticos de la política, es igualmente discernible —a un escrutinio más ceñido— incluso en las observaciones científicas de los sociocientistas. Los últimos pueden estar libres de prejuicios conscientes o de intento polémico y, sin embargo, cualquier observador de la escena humana se distingue del observador científico de las secuencias de la naturaleza en el hecho de que es, en algún sentido, un agente tanto como un observador del drama que registra” (página 77).

Esto que ya parece debería ser observación trivial —y que, por lo antes dicho, no lo es —tiene graves consecuencias; de éstas que hacen inclinar sobre el pecho, la cabeza meditativa y consternada del filósofo.

El hombre probablemente encarne todo lo dramático —y, por el otro extremo, todo lo cómico— más que por otra cosa, por el grado en que es él mismo y la especie, y por la forma en que sus intereses inmediatos y los mediatos de la especie no parecen marchar, siempre, a compás. La ideología, en buena parte, trata de acordar lo uno con lo otro. Y aparenta conseguirlo, cuando no es tan afortunada que logre realizarlo. Al justificar su interés, cada hombre trata de demostrar que el mismo es el interés del Hombre; que tiene validez universal. Pero, si en la realidad los intereses de los hombres se oponen entre sí, no todos pueden tener razón, no todos pueden justificarse en última instancia. El triunfo de unos sobre los otros, no les da, por otra parte, esa justificación. Y es en esta otra apertura entre los que haciéndose pasar por intereses generales son meramente particulares, en donde radica el nudo de la tragedia; donde se encuentra el secreto para la solución *humana* de los conflictos contemporáneos.

Decir que cada quien tiene razón desde su punto de vista es cierto, es cómodo y es cobarde. ¡Dejad que todos se maten y divertíos, si podeis, con la matanza! Decir que los conflictos son solubles fácilmente a base de racionalizar, pero difíciles cuando se tratan de resolver en la práctica, no puede menos que hacer sonar, en nosotros, una nota de desesperanza, incompatible con nuestra calidad de hombres. Parece más constructivo decir

que, puesto que no podemos tener una visión absoluta de la sociedad —una auténtica sociología— ni podemos quedarnos en la relatividad de las ideologías, conviene aceptar éstas a título provisional, situarlas no como polares de la sociología sino colocarlas con ella en un continuo y, mediante una actitud crítica, fundada metódicamente, practicada con rigor, proceder de unas hacia la otra. En forma parecida, y en lo concreto, la solución de ciertos conflictos —la fallida Federación de Rhodesia que culmina hoy con la declaración unilateral de Independencia, y que era el caso citado por nuestro viejo conocido Floyd Dotson— no está —es cierto— ni en los esquemas “rationales” de un funcionario británico que, obviamente, no se verá libre del prejuicio de esquematizar en beneficio de Gran Bretaña y la Res-Pública (la Common-wealth), ni tampoco en dejar que los grupos opuestos permanezcan en oposición. Algo dice que es preciso buscar en la ideología de cada uno y de ambos algo como un máximo común múltiplo, que de a su oposición misma un nivel más alto en cuanto se establezca con un también más elevado común denominador humano. Y que esa búsqueda no deberá realizarse sólo, exclusivamente, por el rumbo de lo racional —que debe atender tanto a la “lógica del sentimiento” como a la pura “lógica” y también a esa otra lógica, menos explorada pero no menos vigente que es la “lógica de la voluntad” conforme a enseñanzas aisladas de Rousseau y de Marx, y de Nietzsche— es algo que un remozamiento de los ideales de la Edad Antigua parece que quisiera imponernos. Y, por este rumbo, volveríamos a encontrarnos, nuevamente, una Sociología que no sería —que no podría ser— puro formulismo matemático (aunque en una de sus manifestaciones abstractivas *pueda empezar* por serlo), sino que debería integrar todo lo humano a fin de serle fiel y de servirlo.

Es curioso que, incluso entre estudiantes, la Matemática se considere máximamente difícil y a las ciencias sociales se les asigne un mínimo de dificultad. No se piensa que la verdad es, en cierto modo, la contraria, aunque no por razones tan simples como las de una pura inversión de términos; porque podemos saber sin duda de los entes matemáticos, porque son nuestras creaciones y los conocemos desde dentro —conocemos, diría el finlandés, “las palabras de su origen”—; en cambio, lo social nos crea, en buena parte, aunque también en buena parte sea nuestra creatura. Lo social lo podemos entender en el grado en que participamos en su factura; dejamos de entenderlo en cuanto nos conformamos con ser su producto. De ahí, que, de nuevo, *sólo quien participa activamente de lo social* —del bien y el mal que le rodea— *pueda explicar lo social*. De ahí que sólo el inicial ideólogo pueda aspirar a ser, algún día, sociólogo. De ahí que al no comprometido, al abstinento total —no puramente político en el sentido de la “política de campanario”— le sea (quizás, quien sabe), accesible la in-dolencia y la

ignorancia del limbo de los que mueren sin el bautismo sociológico del tráfago y el sufrimiento humanos. Aunque la participación en el sufrimiento y en el gozo humanos no sea condición suficiente de conocimiento sociológico sí es, indudablemente, condición necesaria, indispensable para lograr ese conocimiento. En el grado en que, por nosotros mismos o por identificación, participemos del dolor y el placer humanos, nos facilitaremos ese conocimiento. En el grado en que nuestro dolor y nuestro placer no sean el dolor mío y el placer mío, los placeres de mi familia y los dolores de mi familia, los dolores y placeres de mi grupo, de mi pueblo, de mi tiempo, sino los diversos placeres y dolores humanos, estaremos en mayor posibilidad de llegar a saber sociológicamente por encima de las ideologías. Pero, como bien se ve, el medio de lograrlo no es, en forma alguna, el rechazo indignado de esas "sucias ideologías" "pegadas a los intereses particulares", "incapaces de redención" No es por empobrecimiento; es precisamente por enriquecimiento y depuración humanos de las ideologías por donde se avistan las posibilidades de una sociología que de verdad lo sea, y que no se reduzca a ser "sonajero" para calmar el llanto de los niños que no consigue amamantar la ciencia.

Para los pueblos subdesarrollados como los nuestros, el reconocimiento del papel que, inicialmente y por mucho tiempo hayan de jugar las ideologías (siempre sujetas a crítica) para la marcha sociológica, es fundamental. Sin ello, habrá "latinoamericanos sostenedores de la ideo-pseudociencia estadounidense" y nunca "latinoamericanos sostenedores de ideologías propias sujetas a continua revisión crítica y críticos de ideologías ajenas sujetas también a revisión continua, en un sentido convergente de más depurado y común conocimiento de lo social". Lo que en otra forma nos aparte, en ésta puede aproximarnos a todos los hombres. No la huida pánica de la ideología que produce la diáspora mental y el extravío en los desiertos de la ciencia, sino su depuración continua gracias a la incidencia, conjunta, del pensamiento y de la acción; del pensamiento que busca actualización práctica y de la acción reflexiva que admite y reclama, de continuo, la crítica.

Que, por otra parte y por lo que se ve, en materia de ideología parece que no hubiese nada escrito.

REFERENCIAS

- Stephen W. Rousseas and James Farganis: "American Politics and the End of Ideology". *The British Journal of Sociology*. Vol. XIV. Nº 4. December, 1963. pp. 347-362.
- Reinhold Niebuhr: *Christian Realism and Political Problems*. Faber and Faber. London, s. d. Particularmente, 6. "Ideology and the Scientific Method", pp. 76-93. .

6e Congrès mondial de sociologie. 6th World Congress of Sociology. Evian 4-11 septembre, 1966. *Bulletin d'Information N° 1*. A. I. de S. Genève. p. 5.

Dotson, Floyd: "Racionalidad y Conflicto". Comunicación, inédita al darse esta nota a la imprenta, enviada como colaboración al Decimosexto Congreso Nacional de Sociología, reunido en Veracruz del 23 al 27 de noviembre de 1965. En una comunicación, al Decimoquinto Congreso, en la parte final, Paul Meadows hace una mención breve, pero interesante, a estos problemas de desaparición o vigencia de las ideologías, referida, en esa ocasión, a los problemas agrarios estadounidenses.